

Título: Plaza Pública/ Buenas y malas intenciones
Fuente: Reforma
Fecha: 02/09/1996
Folio: 45088
Medida: 6930

Plaza Pública / Buenas y malas intenciones

Dada la frecuencia con que los presidentes de México se exponen hoy ante los medios de comunicación, sus informes anuales constituyen inevitablemente reiteraciones de políticas y definiciones ofrecidas con anterioridad.

Miguel Angel Granados Chapa

A pesar de que el segundo Informe del presidente Zedillo incluyó pasajes apreciables, y fue agradeciblemente breve, el ingrediente más significativo de este primero de septiembre no se produjo en la tribuna, "la más alta de la Patria" como la llama la retórica parlamentaria, sino unos metros abajo. El Presidente abordaría, al final de su discurso, el obligado tema de la violencia, la practicada por el Ejército Popular Revolucionario; pero antes, literalmente a sus pies, aparecerían manifestaciones de otras violencias, más inocuas porque no matan a nadie, pero igualmente preocupantes.

En tres momentos se desarrolló el episodio que interrumpió durante varios minutos la lectura del Informe. Primero, con parsimonia sospechosa que presagiaba lo que ocurriría, el diputado Marco Rascón (quien traicionándose a sí mismo, ostentaba corbata), descendió desde su curul, situado en la parte media de la sillería del Congreso, hasta la pequeña planicie que permite el acceso a la presidencia y la tribuna camarales. Se colocó (sus malquerientes dirían que sin necesidad), la máscara de un cerdo, la de Babe, "el puerquito valiente", y con método calmo desplegó una tras otra pancartas elaboradas con tipografía correcta y mala intención. Aunque el espectáculo resultó chocante, no fue sorprendente, pues son bien conocidos, y por lo tanto esperables, los desplantes de Rascón.

Una y otra vez, en el último Informe de Salinas, en la toma de posesión de Zedillo y en el primer Informe, este dirigente de colonos ha mostrado su desdén hacia la Cámara de Diputados, a que pertenece, como lo ha hecho también en innumerables oportunidades durante las sesiones ordinarias. La frescura y atrevimiento de su mordaz crítica política, que a menudo constituye verdaderas puestas en escena, "epatan a los burgueses" pero producen resultados negativos para su propia imagen y, lo que es más importante, la de su partido.

Sin duda el comportamiento de las cámaras legislativas a lo largo del tiempo amerita censuras graves, como también las merece el boato de la ceremonia en que antaño, hoy ya no, se endiosaba al Presidente. Pero la actitud de Rascón, improductiva políticamente, y ya tediosa como divertimento, se asemeja a la que adoptaría un niño que para protestar por la cursilería de las tertulias familiares, aliviara su intestino sobre el piano de la casa, ante sus invitados.

La silenciosa manifestación del creador de Superbarrio provoca molestia general.

Pero Diego Fernández de Cevallos se exasperó. Desde la primera fila de la zona de invitados inmediatamente detrás de los gobernadores, el ex candidato presidencial panista intentó entrar al recinto propiamente hablando, pero alguien lo hizo desistir una primera vez, y Diego volvió a su asiento. Ocupaba el inmediato al del líder de su partido, Felipe Calderón (en una fila que había sido desdeñada por Andrés Manuel López Obrador, y otros líderes partidarios y candidatos presidenciales, ausentes de la ceremonia), y parece haber comunicado su exasperación a su joven jefe quien, de pronto, se puso de pie y a gritos pidió al presidente de la sesión, Héctor Hugo

Olivares Ventura, hacer que cesara la demostración el diputado perredista. No le correspondía a un invitado, como Calderón, demandar el establecimiento del orden adicionalmente porque con ello logró lo que Rascón no había conseguido, es decir, interrumpir la lectura presidencial. Fernández de Cevallos, a su vez, alentado por la vehemencia de su dirigente, entró de nuevo a la zona de curules, hasta que allí miembros de su propio partido le hicieron notar que como convidado carecía de derecho para ingresar en el ámbito espacial donde reinó políticamente de 1991 a 1994.

Insensible a esa regla de la cultura parlamentaria, acatada por Diego, el líder ferrocarrilero presidente del Congreso del Trabajo, Víctor Flores, desenmascaró a Rascón.

Había caminado desde la fila en que, significativamente, era vecino de directores de empresas públicas (sector en que quizá esté encuadrado el C del T) hasta llegar al pie de la tribuna. Con ademán veloz y hábil, despojó a Rascón de la imagen superpuesta a la suya, y se alejó con ella en la mano, como botín de su lance, que fue aplaudido pero había sido también riesgoso, pues pudo haber dado lugar a una trifulca de proporciones mayores.

Son tres gestos de grosera agresión política, menor, sin duda, pero evidenciadores de cuán largo es el camino que nos queda por delante hacia la normalidad democrática, e indicativos también de las tensiones que hoy vive el país, causadas por la violencia del EPR, pero también por los problemas nacionales sin resolver.

A ellos se refirió el inusualmente breve documento presidencial, dividido explícitamente en tres apartados: situación económica y social; seguridad y justicia; y democracia, a lo que se agregaron un apartado sobre política exterior y una exhortación final pronunciada en un tono anticlimático, que hizo dudar a los oyentes si se había llegado ya al final de la alocución como su propio desarrollo lógico mostraba.

Dada la frecuencia con que los presidentes de México se exponen hoy ante los medios de comunicación, sus informes anuales constituyen inevitablemente reiteraciones de políticas y definiciones ofrecidas con anterioridad, si bien el documento septembrino permite una evaluación global del hacer del Ejecutivo, y de su talante coyuntural. De ese modo, el Presidente ratificó su credo económico cuya eficacia, a su juicio, va siendo probada por resultados que enumeró (y que son discutibles, pues muchos de ellos son así o de otro modo, dependiendo del punto de mira en que se coloque el observador). E insistió en sus convicciones conocidas por el desarrollo político y las aspiraciones sociales de justicia y democracia.

El llamamiento con que concluyó su informe, muestra a un presidente Zedillo pleno de buenas intenciones, expresadas en el tono mesurado con que un buen padre de familia insta a los suyos a conducirse con decoro.

Nuestra infortunada condición social de hoy, sin embargo, demanda mucho más que eso.

La frescura y atrevimiento de la mordaz crítica política de Marco Rascón, que a menudo constituye verdaderas puestas en escena, "epatan a los burgueses" pero producen resultados negativos para su propia imagen y, lo que es más importante, la de su partido.

Descriptores: Página Editorial Columna Plaza Pública

Título: Plaza Pública/ Provocación
Fuente: Reforma
Fecha: 01/09/1996